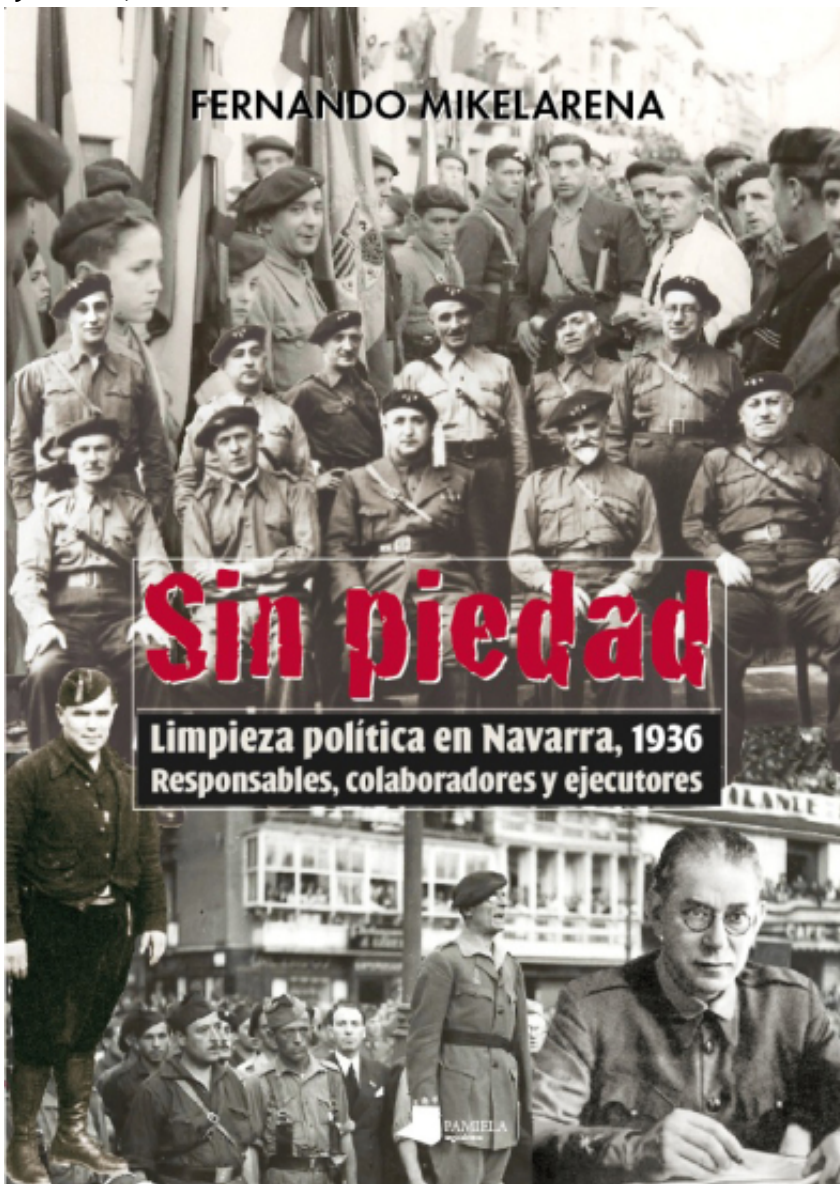


diegocarocancela

No sólo Franco. Los nombres de los victimarios

EN 24 JUNIO, 2016 / POR DIEGOCAROCANCELA



Hace ahora veinte años –en 1996– que apareció en inglés un libro que marcaría un auténtico hito en la historiografía del Holocausto judío. Daniel Goldhagen publicaba *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto*. Lejos de considerar el régimen

nazi como una “excepción anómala” en la historia contemporánea de Alemania, Goldhagen consideraba que el antisemitismo visceral era una realidad fuertemente presente en la sociedad alemana de las primeras décadas del siglo XX, incluida la República de Weimar. Por este arraigo, no tardó en convertirse en una seña de identidad clave del Partido Nazi y cuando éste llegó al Poder a partir de 1933 no tardó en contar con la colaboración voluntaria de los “alemanes corrientes” en la política criminal que practicó el gobierno de Hitler y que culminaría con el asesinato de seis millones de judíos hasta el final de la Segunda Guerra Mundial.

Ni que decir tiene que este libro provocaría una importante controversia en Alemania y entre los historiadores que se habían especializado en el estudio del régimen nazi porque por primera vez -y abiertamente- ponía a debate que la política antijudía del nazismo no fue obra de un grupo reducido de jerarcas que sostuvieron el Tercer Reich, a espaldas del pueblo alemán, sino que contó con el apoyo y el consenso de éste, afirmando literalmente que “muchos alemanes que participaron en las matanzas de los judíos podían haberse negado sin ningún riesgo de castigo o de muerte para ellos”.

Esta tesis, pero ampliándola a todos los opositores del nazismo, es la que seis años después, en el 2001, sostuvo otro historiador, Robert Gellately, en un libro cuyo título no podía ser más expresivo: *No sólo Hitler. La Alemania nazi entre la coacción y el consenso*. Como Goldhagen, Gellately no consideraba que los crímenes que los nazis perpetraron contra sus enemigos políticos y raciales fueran aberraciones de un puñado de dirigentes enloquecidos que habían conseguido hipnotizar a las masas. Lo que demostraba en su libro era que el régimen nazi, se asentó en un amplio consenso popular que se inició con el acceso del Hitler al poder, se mantuvo cuando se creó la Gestapo y se instalaron los primeros campos de concentración y se prolongó hasta las últimas semanas de la Segunda Guerra Mundial. Frente a la piadosa aceptación tradicional de que los alemanes <<no sabían lo que pasaba>>, Gellately documenta en el libro cómo buena parte de la sociedad alemana aceptó y participó en la política criminal y terrorista de los nazis y muestra cómo lejos de ocultar sus campañas racistas y represivas al pueblo alemán, los nazis las airearon cumplidamente en los periódicos y en las calles, como ya había escrito algunos años atrás la escritora de la RDA, Christa Wolf. En este sentido, por ejemplo, no deja de resultar sorprendente cómo la prensa acogió la construcción del que fue uno de los primeros campos de concentración del nazismo, el que se levantó en Dachau, cerca de Munich. Gellately dice literalmente: “los habitantes de la localidad se sintieron orgullosos de tener un campo en ella” (p. 79).

Pues bien, este camino que ya ha recorrido la historiografía sobre el nazismo es que ahora, cuarenta años después de la muerte de Franco, desde hace poco más de una década se ha consolidado en España. Y es que durante muchos años, la interpretación que se hizo desde la izquierda antifranquista de la naturaleza de la dictadura de Franco fue que se trató de un régimen fascista sólo sostenido por las fuerzas de las armas y una represión brutal. Una oligarquía terrateniente y financiera se aprovechó así del carácter criminal del franquismo frente a la mayoría del pueblo español que siempre estuvo de espaldas y en contra a este régimen. Los trabajos que en los últimos años se han venido publicando por los autores que participan en el blog del Grupo de Historiadores del Seminario Interdisciplinar sobre el Fascismo han demostrado lo contrario.

Como otras dictaduras de la época, el franquismo contó con el apoyo de notables grupos sociales, como los propietarios rurales, parte del campesinado castellano y burguesías urbanas que nunca aceptaron la experiencia democratizadora de la Segunda República y la política reformista de sus gobiernos. Unas coaliciones políticas y sociales que para el caso de Andalucía han sido bien descritas por Francisco Cobo y Teresa Ortega en un artículo publicado en la revista *Historia Social* con el mismo título que encabeza esta entrada del blog: “No sólo Franco. La heterogeneidad...”. Pero había que dar un paso más adelante y empezar a sacar los nombres de los victimarios, es decir, de aquellos verdugos que no dudaron en colaborar con las tareas represivas de la dictadura franquista, aplastando a sus víctimas desde los más variopintos lugares de la Administración. Esto es lo que se ha hecho en dos excelentes libros que he tenido el placer de leer en las últimas semanas. El primero tiene un título equívoco: *Nos vemos en Chicote. Imágenes del cinismo y el silencio en la cultura franquista*, del que es autor Juan Antonio Ríos Carratalá, catedrático de Literatura de la Universidad de Alicante. Digo equívoco porque en realidad lo que se cuenta en el libro – principalmente – son las actuaciones que como instructor del Juzgado Especial de Prensa realiza el juez Manuel Martínez Gallego, que fue miembro de la llamada “Otra generación del 27” junto a Edgar Neville, Miguel Mihura, Pedro Muñoz Seca, Tono o Enrique Jardiel Poncela. Con el pseudónimo “Manuel Lázaro”, publicó distintas colaboraciones en revistas y periódicos como *Buen Humor*, *Gutiérrez*, *Blanco y Negro*, *ABC*, *Cinegramas*, *La Gaceta Literaria* o *Nuevo Mundo*. Nombrado juez en 1931, tras el golpe de Estado contra la II República se unió al bando sublevado, y al finalizar la guerra se convirtió en juez instructor del Juzgado Especial de Prensa que, entre 1939 y 1941, actuó contra los periodistas, dibujantes y escritores que se habían mantenido fieles a la legalidad democrática, condenando a muerte, por ejemplo, a Enrique Martínez Echevarría (uno de los dibujantes de sus cuentos) y al poeta Miguel Hernández. Y es que como bien escribe Ríos Carratalá, “el franquismo fue, en lo fundamental, una

pesadilla protagonizada por sujetos anodinos y cínicos en juzgados, comisarías, cárceles, cuarteles, sacristías, oficinas (y), ministerios (...). Sus líderes vociferaban cara al sol o cultivaban la retórica bajo los luceros, pero el miedo de verdad surge al leer documentos con apariencia burocrática, escritos por funcionarios como Manuel Martínez Gallego” (p. 182).

También de víctimas y victimarios va el libro de Fernando Mikelarena titulado *Sin piedad: limpieza política en Navarra, 1936: responsables, colaboradores y ejecutores* (Pamplona, 2015). Este trabajo profundiza en las responsabilidades de la “limpieza política” registrada en 1936 en Navarra, la provincia del Estado en la que la proporción de votantes al Frente Popular asesinados por los golpistas alcanzó cotas más altas. El libro arranca de la necesidad de una visión integral de aquel fenómeno, que incluye también a los responsables del mismo, habitualmente ausentes de los análisis por factores políticos y por tabúes sociales. El repaso efectuado abarca a los responsables últimos (autoridades militares y jefes de las milicias carlista y falangista), a los ejecutores de los escuadrones de la muerte y a una extensa red de colaboradores anónimos, y contiene un análisis de las características del proceso de brutalización que afectó a ciudadanos aparentemente normales, vinculados al Requeté y los escuadrones de la Falange. Dos libros pues, que merecen la pena ser leídos.

P.D. Sobre el debate Goldhagen hay un interesante artículo de Javier Moreno Luzón en el número 1 de la revista *Historia y Política*. [Descargar aquí](#) (<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=201114>).